

La leyenda de «El Greco»

(Especial para esta Revista)

Sobre el barranco profundo, en cuyo fondo corren las aguas amarillentas del Tajo, se levanta airosa la torre de Santo Tomé, con sus arcadas de ladrillos y sus columnas retorcidas. La antigua mezquita al transformarse en templo cristiano, llevó consigo el alma musulmana que ideó la fantasía de su portal y, abandonada por la incuria de los descendientes de aquellos moriscos que hicieron fuerte y noble la ciudad de Toledo, guarda hoy el tesoro de "El entierro del Conde de Orgaz", obra maestra de un sentimiento a la vez árabe y bizantino.

Durante treinta años vivió allí Dominico Theotokopuli, apellidado "El Greco", dominado por la fiebre constante de un ideal imposible; y si en su juventud no hubiera soplado el prestigio autoritario de Felipe II, jamás sus obras tendrían la trágica grandeza del alma castellana. Nativo de esa isla de Creta, camino obligado hacia el oriente, de origen griego, sus abuelos a la caída del imperio Bizantino se congregaron en torno a los monasterios seculares. Vidrieros y miniaturistas, impregnados de tradición, se desarrollaron aislados del movimiento renacentista que sacudía violentamente el mediodía de Europa. Ocupados en conservar religiosamente la enseñanza de los monjes primitivos, ignoraron la influencia pagana que predominó en la pintura. Llevaron a ella su afán del detalle y la suavidad en los colores, y al comenzar la decadencia política de Venecia, se cristalizó con el Tiziano y Giorgione la unión de las dos tendencias.

El Greco, discípulo de aquellos maestros, comenzó su vida bajo la doble impresión del lujo de una existencia licenciosa y brillante. Trabajó en el Palacio Farnesio sin asimilar

la técnica de Rafael; la huella de Roma se acentuó, sin embargo, en la formación de su mentalidad juvenil, y deslumbrado con la leyenda española abandonó para su gloria futura la fantasía italiana.

Felipe fijaba su vida errante en las llanuras desoladas de Castilla; el Escorial constituyó el símbolo del poder absoluto atormentado por la obsesión religiosa; Toledo fue la expresión material de la resistencia a la muerte. El Greco, temperamento nervioso, violento hasta el furor, impregnado de un misticismo que se desenvolvería en los linderos de la locura, descubre en ese ambiente realista la agitación espiritual necesaria a su neurosis.

España dividida por la religión, la guerra y la naturaleza, encontró su personalidad múltiple en el artista que, dominando su alma oscura y compleja, logró interpretar la sed de gloria que ahogaba a toda una raza. Mucho antes de la llegada del griego, el holandés Mor y los castellanos Sánchez Coello y Pantoja de la Cruz, intentaron fijar aquella sombría aspiración hacia el suplicio que adivinaron en sus contemporáneos. Morales, el Divino, fue incapaz de expresar la emoción de ese estado psíquico y se necesitó que El Greco, eslabón entre la estética de Venecia y el misticismo trágico, pintara su famoso entierro, para que de un golpe la angustia de años se revelara pujante y orgullosa. Cuadro terrible en su grandeza; gris y negro, algunos reflejos verdes. El soplo de la muerte pasó allí antes que el artista.

El pintor, seducido por la leyenda macabra, extraña hasta entonces a su temperamento, inicia en forma incoherente la serie realista de esos fondos de plata de sus modelos desdibujados, de aquellas figuras alargadas por el dolor y que muestran, con pasmosa claridad, la tragedia de una época. Mezcla singular de armonía y desequilibrio, intensidad fría y luminosa que penetra hasta la medula como un estilete, presentando su obra las alternativas bruscas del visionario. Es un cerebral, su sistema fisiológico lucha pobremente contra el desarrollo anormal de la célula creadora. Pintor de almas, frente a ellas olvida las enseñanzas clásicas de Tiziano, desprecia el perfume de la carne y se complace en desnudar el pensamiento de sus víctimas, extrayendo con voluptuosidad morbosa los sentimientos más íntimos para exhibirlos

implacable. Se trasforma en primitivo, desdeña las audacias del Renacimiento, y en su vejez los sueños juveniles se convierten en figuras martirizadas.

El realismo de su vida atravesó de parte a parte la ficción cristiana, para buscar más allá de ella todo lo que en la existencia había de más áspero y desnudo. Su religión no fue como la de sus maestros venecianos: un medio amplio y vistoso para interpretar un ideal pagano, la leyenda dorada le fue extraña; sus santos y los ángeles de sus interpretaciones religiosas tienen la ferocidad de los mendigos. Rebelde a todo, incorrecto y desigual, su técnica es la preocupación constante de la luz, problema fundamental de la vida moderna. En los últimos años es difícil comprender la esencia de su obra; analizó y exageró la disonancia del color como ninguno, y al trasladar al lienzo las figuras de los caballeros de Castilla, descubrió el misterio de una España desconocida. Quiso ser único y lo consiguió; por una paradoja de la suerte sus imitadores no comprendieron la originalidad de su genio ni la fuerza gótica de su carácter indomable.

Ultimamente algunos espíritus científicos han encontrado en esa modalidad especialísima de El Greco, un fenómeno de óptica.

Su neurosis es, según la ciencia actual, un caso típico de estigmatismo y las representaciones alargadas de su última época corresponden a una mayor desviación del eje óptico.

Es posible que estén en lo cierto aquéllos que en forma banal explican lo inexplicable; preferimos la leyenda y, sin negar la fuerza de una solución anatómica, creemos indispensable el desequilibrio de El Greco para comprender los espasmos místicos de Santa Teresa y los poemas sublimes de San Juan de la Cruz.

JOAQUIN TAMAYO

Profesor de Sociología en este
Colegio Mayor.